



ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA del CIELO

Año VIII

Nº 07

25-NOV-2018

VAMOS A HABLAR DE LA IGLESIA Y DE SUS COMIENZOS: (7) DEL CONCILIO DE LOS APÓSTOLES A LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN

En el transcurso de nueve o diez años, desde el bautismo del centurión Cornelio hasta el viaje misionero de Pablo, se ponen las bases para el paso de la Iglesia del restringido mundo judío a las más amplias dimensiones del mundo pagano. Sin embargo, los judeocristianos más estrictos piensan que la circuncisión y la observancia de la ley mosaica siguen siendo necesarias para todos; piensan que los paganos, antes de hacerse cristianos, deben hacerse judíos de hecho y de derecho.



Serán Pablo y Bernabé, cristianos helenistas, quienes defiendan los derechos de los cristianos procedentes del paganismo y el principio de la necesidad exclusiva de la fe, la «circuncisión del corazón». Sobre esta disputa decide el concilio celebrado en Jerusalén en el año 49. Se reúnen apóstoles y presbíteros. Hablan Pedro, Bernabé, Pablo y Santiago «el Justo». Se decide que la circuncisión no es necesaria y se exige sólo respetar las prohibiciones en vigor ya para los simpatizantes del judaísmo, con el fin de hacer más fácil la convivencia con los judeocristianos.

Con esta decisión **verdaderamente histórica** se confirma que el cristianismo se funda en «la circuncisión del corazón», y se recupera el significado más profundo de la fe de Abrahán. No obstante, las resistencias no se apagan del todo: el incidente ocurrido en Antioquía entre Pablo (intransigente) y Pedro (tolerante con los escrúpulos de los judaizantes), durante el mismo año 49, es sólo un episodio de los muchos acontecidos entonces por la problemática convivencia entre judíos y gentiles en pie de igualdad dentro de la misma comunidad de Cristo.

Pablo hará experiencia de esto en numerosas ocasiones a lo largo de sus viajes apostólicos. Pero sobre todo puede experimentarlo en Jerusalén el año 58, cuando ha de ceder a ciertos escrúpulos de los judeocristianos y corre el riesgo en varias ocasiones de encontrar la muerte a manos de los judíos ortodoxos, es decir, de aquellos que siguen la fe judía. Incluso los judeocristianos, a pesar de su adhesión a la Ley y al Templo, son objeto de una fuerte persecución por parte de estos judíos. El año 62, Santiago «el Justo», jefe de la comunidad de Jerusalén, sufre el martirio por orden del sumo sacerdote Anás.

Durante los años 64 y 65 –verosíblemente por instigación de los judíos, bien introducidos en la corte romana– cayó sobre los cristianos la primera persecución imperial, la de Nerón, desencadenada tras el incendio de Roma, que duró desde el 19 al 25 de julio del 64. Acusados de ser los causantes del incendio, muchos cristianos son procesados y considerados culpables de «odio a la humanidad» y sufren los suplicios más crueles. La persecución de Nerón presenta todas las características de una iniciativa ocasional. No se molesta a los cristianos sino cuando, siendo ya conocidos, pueden servir de víctimas al odio popular incipiente provocado por el incendio.

Cualesquiera que fueran las razones, entidad y amplitud de la persecución, lo más grave es la desfiguración inmensamente injusta que hacen los paganos romanos del cristianismo, que aparece, hasta Constantino, cargado con el estigma de la infamia, como muestra bien la expresión acuñada en Roma para referirse a él: “Una nueva superstición y brujería”.

Dos años más tarde, en el 66, se inicia la rebelión de los judíos en Palestina, en el contexto del descontento que se estaba extendiendo por el Imperio durante los últimos años del reinado de Nerón, que muere el año 68. Al ser elevado Vespasiano al imperio, asume la jefatura de la represión antijudía. Tito, hijo de Vespasiano, destruye Jerusalén en el año 70. La comunidad judeocristiana, que vive en Jerusalén consigue salvarse huyendo a Pella, en Perea, al iniciarse la rebelión. Pero una vez destruida Jerusalén y desaparecido el Templo con su liturgia, el cristianismo como una vía dentro de la religión judía queda herido de muerte y sólo sobrevive en sus ideas, que siguen influyendo en el pensamiento cristiano hasta el siglo II, e incluso hasta más tarde dando lugar a alguna herejía como la de los “ebionitas”.

Texto basado en el libro “Historia de la Iglesia: Desde los orígenes del cristianismo hasta nuestros días”, de Juan María Laboa.